

# LA HUELGA DE LAS CRIADAS



**Cuentas y condiciones que ponen á los  
amos que quieran utilizarlas**

# LA MUJER DE LAS CRIADAS



amos que pueden utilizarse  
buenas y condiciones que ponen a los



# LA HUELGA DE LAS CRIADAS

CUENTAS Y CONDICIONES QUE PONEN Á LOS  
AMOS QUE QUIERAN UTILIZARLAS.

---

¡Pobres jóvenes incautas,  
que venís desde la aldea  
á servir á algún vejete,  
ó á servir á alguna vieja,  
ó á servir á alguna arpía  
con cara de camaleón,  
ó á un joven solterón,  
ó á alguna joven seña,  
Os voy á desengañar  
haciendo una relación  
de lo que os puede pasar.

**Primero:** Si es un vejete,  
es una gran cataplasma,  
padeciendo de reuma,  
de chocheces y de asma.  
Todo el día con ungüentos  
poniéndole cataplasmas,  
de vez en cuando unas friegas,  
aunque no sepáis bien darlas.

**Segundo:** Si es una vieja,  
el Santo Cristo os valga,  
todo el día en cantinela  
con la inútil de muchacha.  
Si te levantas muy tarde,  
aunque saludes al alba,  
si está frío el chocolate,  
si las judías se encallan.  
Tenéis que tirar el cubo  
lleno de ungüentos y caca,  
y por último, salís  
huyendo de aquella casa.

**Tercero:** Si es una arpia,  
tapa, tapa, tapa, tapa,

que contra más se revuelve  
mucho más vuelve la ca...za.

Cuarto: Si es un soltero,  
y es bonita vuestra cara,  
tenéis que servir para todo...  
todo el cuerpo de la casa.

Tenéis que saber planchar,  
coser, lavar y la pampa,  
saber tres ó cuatro lenguas  
y á veces hasta gimnasia.

Quinto: Si es una joven sencilla  
y es bonita ¡es una lapa!  
os sacrifica en la compra,  
en el paseo y en casa;  
tenéis que tener vérgüenza  
algún tanto adulterada,  
pues veis cosas que ¡canastos!  
á un repollo ruborizaran.

Como todos quieren mucho,  
y es tísica vuestra paga,  
y encima por no pagaros  
la marimorena os arman,

debéis antes de allí entrar llevar la cuenta ajustada haciéndoles á los amos que en ella su firma estampen.

Primero: Por servir algún vejete tres duros y cuenta clara, aparte la sisa entra; y por poner catáplamas, cada una según donde tengas tú que colocarla; si es en la cara, tres reales, si en un brazo, una marchanta, ó peseta, según quieras en la cuenta denominarla; si en el cuello, tres pesetas, si en la piel, esa es más cara, pues puede pegarte algo y entonces resulta cara.

Segundo: Por servir á alguna vieja, diez duros y ropa blanca, aparte siete pesetas por no mirarla á la cara.

Tercero: Por ser un joven soltero, por la cuenta es más complicada, pues siendo como es *pa* todo el cuerpo de aquella casa, no es bastante con seis duros, por ser la sisa muy rara, debéis ponerle en la cuenta cada cosa según vaya. Por cocinar, los seis duros, por irle por la mañana á llevarle el chocolate, como es lo propio, á la cama, seis cincuenta.

Por lavarle, si es con el agua clara, tres pesetas; si os quiere tocar la barba, cada toque una peseta; si el cuello de la camisa alguna vez le abrocharas, no le tires pellizquitos que no *pués* ponerle nada.

Por lavarle las camisas  
y toda la ropa blanca,  
dos cincuenta *tos* los meses  
y no le rebajes nada.  
Si alguna vez á los calzones  
le quitas algunas manchas,  
cuidao no restregues mucho,  
porque le quitas la lana,  
y no le puedes poner  
por restregárselos nada,  
si no los restregas suave  
y no hay rotura en la mancha.  
Por plancharle la camisa,  
si tiesa quiere llevarla,  
y con brillo en la pechera,  
cada camisa, dos calvas (pesetas)  
Debes poner por roturas  
y otras mil zarandajas,  
según veas que te rompe  
platos, vasijas ó tazas.  
También le debes poner  
por si acaso notación,

para al salir de su casa  
una indemnización.  
Si sales buena, que nada  
te tenga que indemnizar,  
pero si sales pre...dispuesta  
en tu físico moral,  
porque el mucho trabajo  
te haya hecho enfermar,  
según la convalecencia  
así lo debes tasar.  
Cuarto: En cambio si es una joven,  
angelical y sencilla,  
no pongas en cuenta nada  
que serás mejor servida.  
Pues lo más que allí tú puedes  
fuera del trato ayudar,  
es si arisca no eres  
enseñarla á cocinar.  
Y entonces, según el plato,  
así en la cuenta pondrás,  
si es de dulces dos pesetas,  
si es de guiso natural

eso es pecata minuta, para la salida de  
trabajo no costará. Porque no siendo algún guiso  
que salga de novedad, ni aun la cosa más sencilla  
que son las tortillas. Porque tortillas, todas  
las hacen ó bien ó mal. Los riñones salteados,  
la jardinera, el *foeigras*, cocretas, sesos mechados,  
nada, muchacha, que ná. Conque escuchad mis consejos  
y ser honradas y si queréis regalarle  
al poeta una tostá, ó tocarle una retreta,  
vivo en la calle de Allá, cuarto... no subás sin cuartos,  
número, diez decimal.

# Los amores de D. Pepito

## CON SU DONCELLA

---

Atención, señores míos,  
atención y aquí verán  
la vida de las doncellas  
y el mal estado en que están.

Cuando una mocita  
tiene quince años,  
no pueden con ella  
ni padre ni hermanos.

Si el padre la riñe  
ella le contesta:

—Yo me iré á servir;  
esta es su respuesta.

---

Ella coge su ropita  
y se va como enfadada  
á casa de don Pepito  
preguntando por posada.

Y luego á la dueña  
la principia á hablar,  
diciendo que sabe  
coser y bordar.

—Y si usted me quiere  
me podré quedar,

diez reales al mes  
yo pienso ganar.

Por fin se quedó á servir  
en casa de don Pepito,  
y á los tres días que estaba  
ya le chocó al señorito.

Y un día en el cuarto  
con gran disimulo,  
éste á su criada  
la regaló un duro.  
La dijo:—Bien mío,  
ven aquí, salero,  
cuando te haga falta  
pídeme dinero.

Oídas estas razones,  
á los tres días siguientes  
ya le pidió esta doncella  
para vestido y pendientes.

Tres onzas la dió  
este don Pepito,  
y ella se compró  
un mantón bonito.  
Vestido de seda  
con gran mantillón,  
ricas guarniciones,  
bata y guardasol.

En fin, que salió á paseo  
siendo una triste criada,  
aún más maja que la dueña,

con diez reales que ganaba.

Lo que ella llevaba  
valía un tesoro,  
su peina de moda,  
sus anillos de oro.  
Gastaba reloj,  
su gran abanico,  
porque lo pagaba  
todo don Pepito.

El sábado por la tarde  
habló un mozo á esta doncella,  
diciendo que si quería  
se casaría con ella.

—Yo lo pensaré,  
le dijo al mocito,  
vuelva usted mañana  
por aquí un ratito.  
Porque yo estas cosas  
diré á mi señor,  
y así podré á usted  
darle el sí ó el no.

Al otro día este joven  
fué á su casa muy contento,  
lo cual ella le dió el sí  
en aquel mismo momento.

Luego este mocito  
la habló cara á cara:

—Yo creo serás  
mujer muy honrada.

—Oye, Francisquito,

bien claro te digo,  
de mí en este mundo  
nadie se ha reído.

—  
Cuando yo servía,  
ahora te lo contaré,  
con el señorito un día  
una vez me resbalé.

La contestó el mozo:

—Pues qué, ¿había barro?  
qué, ¿llovió en el cuarto?  
vamos, vamos, vamos.

En mi vida he visto  
nunca en Aragón  
de un modo como este  
dar un resbalón.

—  
El mozo un poco suspenso  
se despidió de su dama,  
y ella quedó con su madre  
contando lo que pasaba.

—Madre, ¿sabe usted  
que se ha ido enfadado,  
y es del resbalón  
que yo le he contado?

—¡Ah, picarona, infame  
y grandísima arrastrada,  
haberlo callado  
y no haber dicho nada!

—  
—También me resbalé yo,  
la dijo entonces la madre,

aún más de seiscientas veces  
sin saber nada tu padre.

Y ésta, cuando su hija  
la daba las quejas,  
retorcía el morro  
y arrugaba las cejas.

San José me valga,  
qué ratos más malos,  
y entonces á su hija  
me la emprendió á palos.

—

Al otro día siguiente  
llegó el novio muy temprano  
á casa de ésta, y la dijo:

—Ven aquí, dame la mano.

Azucena blanca,  
colores de rosa,  
te quiero porque eres  
mujer virtuosa.

Como eres tan linda  
me has enamorado,  
y yo quiero pronto  
ser tu esposo amado.

—

Después de tantos obsequios  
dice la madre enfadada:

—Si te casas con mi hija  
no te llevas mala ganga.

—Maldita la vieja,  
vaya pronto á hilar,  
si no de un trancazo  
la echo al hospital.

—Tunante, bribón,  
dijo la abuelita,  
vete á los infiernos  
y deja á mi chica.

Por fin ya se hizo la boda  
con tranquilidad y unión,  
y él á la primera noche  
fué en busca del comadrón.

Y ella le dice:

—Calla, Francisquillo,  
no hay que pasar penas  
que ya hay un chiquillo.

—Dios mío, Señor,  
¿qué me pasa á mí?

¿Será algún milagro  
que obró San Fermín?

Ya libró un niño precioso  
en el rigor del invierno,  
que se parecía al padre  
como un canario y un cuervo.

La abuela contenta  
fué á fajar al nieto,  
y le dice al yerno:

—¿Ahora estás contento?

Ah, grande sopazas,  
pedazo de asno,  
ya te advertí yo  
que serías venado.

Oidme, nobles casados,

aún no cuento lo mejor,  
el gasto que hizo en el parto;  
este fué el mayor dolor.

Para el primer caldo  
ya me hizo de menos  
cuatrocientos pavos  
y diez mil carneros.

Pues de chocolate,  
¡una friolera!  
se tomó en dos días  
más de arroba y media.

---

Vendió hasta la camisa,  
los calzones y una capa,  
una bata y un porrón  
y en seis cuartos una gata.

Válgame San Juan,  
qué parto tan fuerte,  
de lo que le pasa  
se ríe la gente.

Todas las desgracias  
le han acontecido,  
y ahora en el invierno  
se hiela de frío.

---

Se fué á aprender á herrero  
y llevó tan buena ropa,  
que era pantalón de yesca  
y una levita de estopa.

Se puso á la fragua  
á hacer un velón,  
le saltó un chispazo,

lo eual le incendió.  
Veintidós heridas  
allí se le hicieron,  
y en aquel instante  
la Unción le dieron.

—  
Veintitrés meses estuvo  
siempre en la cama de un lado,  
y venía á visitarle  
un famoso cirujano.

Y todos los días  
le da su señora  
cinco lavativas  
cada cuarto de hora.  
Y el médico un día,  
con muy grande esmero,  
á su amo le dijo  
que le corte el pelo.

—  
El médico le sacó  
todo lo que había ganado,  
que fueron cinco dineros,  
aún no creo había llegado.

Así es que, señores,  
se hallaba asustado,  
lleno de mil trampas  
desde que es casado.  
Atención, mocitos,  
mirad lo que hacéis,  
festejar las mozas  
y nunca os caséis.



